

das y amigos viesan relizados mis deseos, hasta bebieron aquella misma tarde brindando por mi próximo enlace con la Buchold; en efecto, además de llenar la cualidad indispensable para mí, la muchacha era guapa, joven, y me había mirado con sus verdosos ojos de una manera tal, que no me había disgustado; además no hablaba... y en vez de rehusar el brindis á mis compañeros, lo acepté y bebí con ellos.

Tres meses después la mujer marina sabía hacer ya todo lo que otra mujer cualquiera menos hablar; y en cuanto á su físico, bien podía asegurarse era una de las caras más hermosas que podían encontrarse, no digo yo en Holanda, sino en toda la Frisa; ella me recibía bien, y yo por mi parte me enamoré como un bruto: además, nadie más que yo tenía derecho sobre ella, puesto que yo era el que me la había encontrado; no teniendo que temer tampoco la oposición de su familia y parientes, pues carecía absolutamente de unos y otros, ó eran de tal condición que no era posible encontrarlos en la vida: salvos, pues, estos inconvenientes y dueño absoluto de mi voluntad, me casé con ella.

El acto se verificó en la alcaldía, tomando ella el nombre de María la Buchold, nombre que el cura juzgó á propósito ponerle cuando la bautizó.

Después de la boda di un gran baile y una comida en que la nueva María hizo los honores á todo el mundo con la mayor gracia y donaire, comiendo, bebiendo y bailando como otra mujer cualquiera, pero sin hablar palabra.

Al verla tan bonita, tan graciosa y tan callada, todos los convidados decían: ¡Qué feliz, qué dichoso es ese diablo de Alifafes!

Á las doce despedí á toda mi sociedad, que se retiró repitiendo siempre las mismas palabras.

Al otro día de casado me desperté á eso de las diez de la mañana: al abrir los ojos ví que mi mujer se había

despertado ya, viéndome dormir de una manera tan particular, que la verdad, no me gustó su mirada ni la expresión de su rostro, en el que creí encontrar cierta rufianidad de mal agüero que me estremeció; pero tan luego como hubo reparado que yo la observaba, su cara volvió á recobrar su natural expresión, y ni me volví á acordar de lo pasado.

— Buenos días, mujercita mía, le dije.

— Muy buenos, maridito mío, me contestó.

Al oír hablar á mi mujer la sangre se me subió á la cabeza; un copioso sudor bañó mi frente, y lancé un grito involuntario de desesperación.

No parecía sino que el santo sacramento del matrimonio había roto la mordaza que le trataba antes la lengua.

Esto tenía lugar el 22 de diciembre de 1823.

— Á vuestra salud, señor, díjome el tío Alifafes, tirándose al cuerpo otro vaso de vino tinto, é invitándonos á Biard y á mí para que hiciéramos lo mismo; y si sois soltero no os caséis nunca con una mujer marina, añadió apurando el vaso.

Después pasóse la mano por los labios como para enjuagárselos, y continuó:

XV

Los matrimonios del tío Alifafes

SEGUNDO CASAMIENTO DEL MISMO

Sin embargo, como quiera que la facultad de hablar no había variado en nada á mi mujer, y por el contrario la aprovechaba para decirme siempre finezas, me consolé y me conformé al fin con ella.

Hay más ; durante un mes fui el más feliz de los hombres ; todos mis amigos y conocidos me daban la enhorabuena, excepto el parisiense que siempre que yo le ponderaba mi dicha me respondía tarareando :

Mira quién viene, amigo Juan,

Mira quién viene, que te la dan.

Y fuerza es hacerle justicia, porque lo que es él nunca se fió de la Buchhold.

Al cabo de un mes de calma empecé á notar que el horizonte se ponía sombrío ; y aun cuando el tiempo no había cambiado, sin embargo, era esa calma que precede siempre á la tempestad. Yo, por supuesto, que como marinero viejo conocí al instante de dónde venía el viento, me preparé convenientemente para hacer frente á la nube.

Dió lugar á este estado de cosas un viaje que tuve que hacer á Amsterdam, el cual creyó ella que había yo hecho para ver á una antigua amiga mía que vivía en el puerto, en cuya casa suponía había yo pasado la noche.

¡ Ah ! se me olvidaba decirlos que á los ocho días de casada, mi mujer había aprendido á hablar y á decirlo todo con una perfección, que podía dar lecciones á los mejores maestros de lenguas de Amsterdam y del Haya.

Lo que más me encolerizaba era que efectivamente su suposición no era falsa, porque yo había estado en la casa de aquella mujer ; no pareciendo sino que la bruja de mi mujer me había seguido hasta dentro de la misma casa y había presenciado todo cuanto pasó, según su manera de explicarse y los minuciosos detalles que me daba de todo.

Por de contado yo negaba como un renegado ; pero mientras y más renegaba más persistía ella, llegando á amenazarme y á decirme que me había de acordar.

Tomé esta amenaza en el sentido en que se toma generalmente la amenaza de una mujer, y como no hay cosa que más me fastidie que tener á mi lado una persona enojada y disgustada, traté de contentar á la Buchhold, la cual al día siguiente no se acordaba ya siquiera de semejante cosa, ó al menos así lo aparentaba.

Pasáronse quince días en la mayor armonía, hasta que el que hacía diez y seis, contando desde aquel en que habíamos tenido la reyerta, tuve que conducir á Edam á unos viajeros que querían volver á Monnikendam aquel mismo día ; pero como fueran pintores y tuvieran que detenerse en tomar algunas vistas y dibujos, me propusieron que me aguardara hasta el día siguiente, lo cual no acepté, diciéndoles que me volvía, y que así como ellos habían faltado á su trato, yo también faltaba al mío. Pero como podéis haceros cargo, luego consentí, porque no creí conveniente disgustar á unas personas que tal vez volvieran otra vez y serían mis parroquianos : por otra parte, yo tenía en Edam una antigua conocida y amiga, á quien tampoco había visto después de mi casamiento con la Buchhold, la cual me había hecho una seña al pasar por su calle, á que contesté yo con un guiño que equivalía á decir : « No tengas cuidado, que si tengo un momento desocupado, iré á hacerte un visita ; » y no sólo me quedaba un momento, sino toda la noche.

Además, esta vez no tenía nada que temer, porque mi amiga, siempre que me recibía, antes de estar casado, tomaba sus precauciones, tales como no dejarme entrar en su casa más que de noche, y para eso no por la puerta, sino teniendo que saltar las tapias del jardín para entrar por la ventana : así que, como nadie había tenido noticia de estas expediciones nocturnas en aquella época, era más que probable que tampoco las tuvieran entonces.

Á las once de una noche más oscura que boca de lobo,

encaminéme, pues, hacia el muro, que salté; hacia la ventana que escalé, y en cuya abertura me encontré con dos lindos brazos abiertos dispuestos á recibirme.

— ¡Caramba! dijo Biard; ¿sabéis, tío Alifafes, que contáis las cosas de una manera que los dientes se le hacen á uno agua dentro de la boca? ¡Vaya, á la salud de la propietaria de aquellos lindos brazos! añadió Biard.

— ¡Oh, señor! Bebed más bien á la mía, le replicó el tío Alifafes con acento melancólico y echándose al cuerpo otro vaso de vino.

— Vamos á ver, ¿y qué os sucedió en aquella habitación en que erais esperado de un modo tan agradable?

— No, no fué en la habitación sino al salir.

— ¡Pues vaya! Continúa contando, ya os escuchamos.

— Como decía, al salir todavía era de noche, ¿estáis? Sin embargo, salí con la misma precaución que había entrado, de tal modo que yo mismo que estaba receloso con el paso de Amsterdam, no sospechaba siquiera que hubieran podido verme. Pues bien, al salir, y después de haber saltado la ventana me encontré en mi camino atravesado un cordélillo; nada, un bramante que corté con la navajilla que llevaba en mi bolsillo.

Pero no bien hube cortado el bramante, cuando me arrimaron un palo en los riñones; ¡pero vaya un garrotazo! — ¡Ah! ¡picaro! exclamé volviéndome y echando mano al palo; pero al volverme no encontré á nadie, ni vi más que el palo, que estaba colgado de un peral, y colocado de tal modo y con un mecanismo tan ingenioso, que en cuanto se cortase el hilo sacudiese de lo lindo al atrevido.

Me largué de allí á gran paso, pasándome la mano por los riñones, pensando en que el padre y los hermanos se habrían sospechado la visita, y sin duda me habían pre-

parado aquella emboscada por no atreverse á atacarme cara á cara.

Por lo demás, como no hubiese oído reír, hablar ni moverse á nadie, me callé y me dirigí á la posada andando de puntillas y sin hacer el más mínimo ruido.

Á las diez salimos de Edam, y media hora después ya estábamos en el puerto de Monnikendam.

Apenas llegué, y desde el punto más lejano que podía verse mi casa, vi lo primero á mi mujer que estaba á la puerta esperándome con una cara de mal humor que me hizo augurar mal. Yo, por el contrario, desde el momento que la vi puse la cara risueña y alegre; pero no bien hube entrado cerró la puerta tras de mí, y con voz de trueno:

— ¡Vaya una conducta en un hombre que lleva seis semanas de casado! me dijo.

— ¿Pero qué conducta? le pregunté yo con la mayor candidez.

— ¡Me gusta la desvergüenza! ¿y os atrevéis á preguntarlo?

— Pues es claro.

— Callad y responded, me contestó; y sus verdes ojos chispeaban al hablar.

— ¿Dónde habéis estado esta noche pasada á las once? Decid. ¿Qué habéis hecho desde esa hora hasta las cinco de la mañana? ¿Qué os ha sucedido al salir de la casa donde habéis permanecido esas seis horas?

— No sé lo que queréis decir.

— ¡Hola! ¡no lo sabéis!

— No.....

— Pues yo os lo voy á decir. En primer lugar habéis salido de la posada á las once; después habéis saltado una pared y escalado una ventana, por la que habéis entrado en una habitación, donde habéis permanecido hasta las cinco. Á las cinco habéis salido, y al salir os

han pegado un garrotazo, volviendo á entrar en la posada después con los riñones calientes. Decidme que no es cierto cuanto acabo de decir.

Yo negaba á pies juntillos; pero confieso que esta vez no tuve tanto aplomo y serenidad como la primera, además de que llevaba conmigo mi condenación, pues tenía un verdugón en la espalda del mismo grueso del palo que me lo causó.

Sin embargo de negar siempre, empecé á hacerle carocas y mimos á la Buchold, la cual poco á poco se fué viniendo á buenas, si bien me advirtió que á otra no saldría tan bien librado.

— ¡ Oh ! dije para mi capote, lo que es á otra no te dé cuidado, que ya tomaré yo mis precauciones de modo que no lo ha de sentir la tierra.

— Entonces hizo ella una señal con la cabeza, que equivalía á decir : ¡ Bien ! ; *Allá lo veremos !* lo cual me persuadió de que aquella bruja adivinaba hasta mis pensamientos más íntimos. Pero, en fin, esta vez volvimos á hacer las paces.

Ocho días después tuve que llevar á unos viajeros á Stavorin.

El camino era largo, y no era posible volver el mismo día. No sabiendo qué hacer de la noche, recordé que tenía una amiga en las cercanías.

Era una linda molinera que vivía en las orillas de un pequeño lago situado entre Bath y Stavorin. Cuando en otro tiempo iba á visitarla atravesaba el lago á nado, y como la ventana caía al agua no tenía más que darme la mano y ; *erac !* estaba en su cuarto.

Esta vez era mucho más cómodo, pues estaba helado el lago.

Pedí prestados un par de patines. Á las diez sali de Stavorin; á las diez y cuarto llegué á la orilla del lago,

y á las diez y veinticinco minutos estaba debajo de la ventana de mi molinera.

Hice la seña convenida y se abrió la ventana. Ya se conocía mi costumbre en el molino, y aunque la molinera era muy regañona, en el fondo era una excelente mujer, y por consiguiente la disputa no fué larga.

Sali á las seis con la mayor tranquilidad ; el lago estaba completamente desierto, nadie me había visto entrar y tampoco me verían salir ; me resolví al fin y ; *bixt !* eche á andar.

Habría patinado unos tres ó cuatro pasos, cuando me pareció que el hielo crujía por aquella parte. Quise volverme atrás, pero ya era tarde, pues insensiblemente me veía arrastrado hacia un sitio en que sonaba el agua ; conocí entonces que habían roto el hielo mientras estaba en casa de mi molinera. Había delante de mí una especie de foso lleno de líquido, y aunque traté de apoyarme en los talones llegué al agujero, y buenas noches, me encontré en el lago.

Afortunadamente nado por debajo del agua lo mismo que una foca. Detuve la respiración y busqué la abertura. Por cierto que no es nada cómodo tratar de orientarse estando debajo del hielo. En fin, vi una especie de faja más transparente, comencé á nadar hacia ella, cuando sentí de pronto una cosa que me cogía por las piernas y tiraba hacia abajo. Tenía la boca abierta para respirar ; pero en vez de aire tragaba agua, lo que no es ciertamente lo mismo. Todo lo veía azul. Sentí un murmullo en los oídos y entonces conocí que si no me deshacía pronto de aquello que me tiraba, era hombre perdido : di una patada lo más fuerte que me fué posible, y conocí que había acertado y que la cosa que tiraba de mí me había dejado ; en seguida me aproveché de esta ocasión para volver á la superficie. Todavía andaba más de dos segundos dando cabezadas contra el hielo ; finalmente, aho-

gándome, medio muerto y casi desmayado, llegué á la solución de continuidad como dicen los matemáticos. Saqué la cabeza fuera del agua y respiraba con las narices, la boca y hasta con los ojos. Traté de encaramarme sobre el hielo; pero conforme quería subirme se rompía. Al fin, gracias á un grande esfuerzo, pude ponerme boca abajo, y como el cuerpo ocupaba mucho terreno, el hielo resistió. Me levanté y comencé á patinar. No hay barco por de prisa que vaya impulsado por el viento, que surque las olas con la velocidad que yo cruzaba el hielo.

Cuando llegué á la orilla del lago se habian agotado mis fuerzas. Cai sin conocimiento, y cuando volví en mí me encontré en una cama muy caliente y en un cuarto que reconocí ser el de la posada de donde habia salido el día antes.

Me habian encontrado medio muerto y casi helado unos aldeanos que me recogieron en su carro y me llevaron á Stavorin, en donde la posadera que me conocía me habia prodigado los mayores cuidados.

Dos horas después, gracias á un vaso de ponche bien caliente, ya estaba completamente bueno.

Nuestros viajeros habian terminado sus negocios á las diez de la mañana, tenian gana de volverse, y yo también, pues no dejaba de abrigar algunos temores sobre lo que me esperaba en casa. Salimos á las once; el viento era favorable y las doce leguas que hay desde Stavorin á Monnikendam las anduvimos en seis horas, lo cual es buen andar.

Esta vez no me esperaba la Buchold en el umbral de la puerta, sino á la orilla del mar. Sus ojos verdes brillaban como esmeraldas. Me hizo seña con la mano de que marchase delante de ella y entrase en casa. No hice observación alguna, decidido como lo estaba á si me fastidiaba demasiado aplicarle una de esas pequeñas correcciones conyugales de que, según dicen, tienen necesidad todas

las mujeres cada tres meses, si se ha de hacer de ellas mujeres perfectas. Entré y cerré la puerta.

Después me senté y le dije:

— ¡ Bien! ¿ Y qué?

— ¿ Cómo y qué? contestó.

— Sí, ¿ qué me queréis?

— Lo que quiero es deciros que sois un infame, que os vais con peligro de ahogaros y dejar á vuestra mujer viuda con un hijo.

— ¿ Cómo un hijo?

— Sí, desgraciado, estoy en cinta, bien lo sabéis.

— Á fe mía que no.

— ¡ Pues bien! si no lo sabéis, ahora os lo digo.

— Me alegro mucho.

— ¡ Ah! ¿ os alegráis?

— ¡ Pues qué! ¿ queréis que lo sienta?

— ¿ Me respondéis así en lugar de pedirme perdón?

— ¡ Perdón! ¿ y por qué?

— Por andar de noche como un fantasma haciendo la corte á las molineras; ¿ es hora de patinar, responded, las seis de la mañana?

— Pues señor, ya me va fastidiando vuestro espionaje, y si no me dejáis en paz.....

— ¿ Qué haréis?

Yo tenia un bambú de la India, flexible como un junco, que me servia para limpiar la ropa de los días de fiesta. Lo cogí y se lo saqué junto á las orejas.

— No os digo más que esto, amiga mía.

— ¡ Oh! exclamó; ¿ amenazas? pues espera.

Lanzaron sus ojos dos relámpagos verdosos; saltó sobre mi bambú, me lo quitó de las manos con la misma facilidad que yo lo hubiera hecho de las de un niño, y rechinando los dientes me dió un palo.

— ¡ Hola! ya veis que se han vuelto las tornas.

— ¡ Bah! exclamé.

Me había olvidado del suceso del barco en que por poco nos pega á los seis ; pero á los primeros golpes me acordé. Quise resistir la granizada y empecé por amenazar, después por jurar, y acabé por pedir perdón.

En cuanto me vió de rodillas dejó de pegarme.

— Así, dijo, así me gusta ; como volváis á las andadas, os saldrá más caro.

— ¡ Diantre ! murmuré ; ¡ como no me mate !

— Silencio y acostémonos, dijo, pues ya debéis estar cansado.

Estaba algo más que cansado, estaba molido.

Me acosté sin decir nada, cerré los ojos, hice como que dormía, pero no dormí.

Ya comprenderéis que no ¡ perdería tiempo ; esta vida me era insoportable ; buscaba un medio de libertarme de las garras de la Buchold y vengarme de ella al mismo tiempo. No sé por qué me imaginaba que había sido ella quien había roto el hielo en Stavorin.

No era esto todo ; ya os acordaréis de que sentí cierto objeto que me tiraba de la pierna y me arrastraba hacia el fondo, no pudiendo librarme de él sino por medio de una vigorosa patada.

Ahora bien, casi podía afirmar que este objeto era una persona que me tiraba de una pierna, y esta persona era la Buchold.

Algun día, decía yo para mí, averiguaré si fué ella.

— Y ¿ de qué modo ? pregunté.

— ¡ Qué diantre ! yo llevaba patines en los pies. Para dar la patada, no tuve la precaución de quitármelos, y ya comprenderéis que una patada con patines en los pies no debe hacer mucho provecho.

— ¡ Pues bien ! si fué la Buchold quien lo recibió, debe tener la señal en alguna parte.

— Claro está.

— Así es que dije : disimulemos, hagamos por olvidar

aparentemente el palo que me pegaron en Edam, la zambullida de Stavorin y la zurra de Monnikendam ; si fué ella todas las pagará juntas.

Una vez tomada esta resolución resolví volverme.

Al día siguiente me acerqué á ella mientras dormía y levanté las sábanas ; pero no ví la menor señal en todo su cuerpo.

Sólo, si observé que en vez de ponerse un gorro de dormir, según tenía de costumbre, había conservado en la cabeza su gorro de cobre.

— ¡ Bien ! dije para mí ; si no te lo quitas mañana, es porque tienes debajo alguna cosa que ocultar.

Pero ya supondréis que no hice ademán de haber sospechado cosa alguna, y comencé á vestirme ; mientras tanto se despertó la Buchold.

El primer movimiento que hizo fué llevar la mano á su gorro de cobre.

— ¡ Bien ! murmuré ; observemos.

Sin embargo, al mismo tiempo que decía esto para mí, aparentaba reirme ; la Buchold, por su parte, así que pasó el primer movimiento se quedó impasible y como si tal cosa hubiese hecho.

Transcurrió el día sin hablar ni uno ni otro de lo que había pasado el día anterior. Estuvimos lo mismo que dos tortolitos.

Llegada la noche nos acostamos.

La Buchold conservó su gorro de cobre.

Durante la noche tuve mil tentaciones de levantarme, encender luz y tocar el endiablado resorte que abre el gorro ; pero parecía que el demonio lo había hecho á propósito : hubiérase dicho que la Buchold tenía calentura. No hacía más que dar vueltas en la cama. Tuve cachaza, esperando que la noche siguiente tendría el sueño más tranquilo.

Llegó la noche siguiente ; no me había equivocado.

Dormía como un lirón; me levanté despacito y encendí la luz. Justamente la Buchold estaba recostada de lado. Toqué el resorte, se abrió la planchita, y debajo de ella encima de la sien vi una señal que no dejaba duda alguna.

La hoja del patín había cortado la epidermis en la cabeza, y á no ser por sus malditos cabellos verdes que amortiguaron el golpe, le hubiera abierto el cráneo.

Al fin lo sabía todo: no solamente era mi mujer la que había preparado la máquina de Edam, la que había roto el hielo del lago, sino que también era ella la que me había cogido por la pierna con intenciones de ahogarme.

Una vez ahogado se volvía ella á Monnikendam, y como nos habíamos cedido todos nuestros bienes mutuamente al que sobreviviera de los dos, era mi única heredera. ¡Pobrecita! Ya comprenderéis que no podía guardar más consideraciones con una criatura de esta especie. Mi partido estaba tomado. Había metido en un saco todo el dinero que tenía, pensando embarcarme con este dinero para cualquier país, y allí poco me importaba lo que me pudiera suceder. Con tal de vivir lejos de la Buchold viviría siempre tranquilo y feliz.

Me decidí, pues, á ejecutar mi proyecto, apagué la luz, me vestí sin hacer ruido, saqué mi saco del armario y me fui de puntillas hacia la puerta.

Al mismo tiempo que puse la mano sobre la llave, sentí unas garras que me apretaban el cuello y me tiraban hacia atrás.

Me volví; era la maldita hechicera Buchold, la cual dormía en la apariencia y lo había estado observando todo.

— ¡Ah! exclamó: ¿es este el modo que tienes de portarte conmigo? ¡Después de haberme engañado me abandonas, y al abandonarme causas mi ruina! ¡Aguarda! ¡aguarda!

— ¡Ah! exclamé á mi vez. ¿Después de zurrarme

rompés el hielo, y después de romper el hielo tratas de ahogarme? ¡Aguarda! ¡aguarda!

La Buchold cogió el bambú que estaba en un rincón del cuarto, pero yo cogí un morillo de la chimenea. Nos pegamos á un mismo tiempo, con la única diferencia de que yo quedé en pie, y ella cayó al suelo como una masa inerte, arrojando un grito, ó más bien un gemido angustioso.

Una vez en el suelo no volvió á moverse.

— ¡Magnífico! exclamé; está muerta, tanto peor para ella; ¡no le he hecho sino lo que ella quería hacer conmigo!

Y cerciorándome de que llevaba el saco en mi bolsillo, me lancé fuera de la casa, cerré la puerta, tiré la llave al mar, y eché á correr por la pradera con dirección á Amsterdam.

Media hora después estaba en la orilla del mar.

Desperté á un pescador amigo mio que dormía en su choza, le conté cuán desgraciado era con mi mujer, por lo cual resolvía expatriarme. Por consiguiente, le supliqué que me condujese á Amsterdam, en donde aprovecharía la primera ocasión que se me presentase para salir de Holanda.

Vistióse el pescador, botó al mar su barca, y comenzó á hacer rumbo hacia Amsterdam.

Media hora después entrábamos en el puerto. Una magnífica fragata estaba á punto de darse á la vela para la India, y en aquel momento la estaban aparejando.

Apenas divisé la fragata, dije para mí: No tengo que pasar más adelante; si el capitán se aviene á la razón y no pide muy caro por la travesía, podremos arreglarnos.

Una vez tomada esta resolución, interpele al capitán con la bocina.

Este se asomó al bordaje.

— ¡Ah de la barca!

— ¿Quién llama? preguntó.

— Yo...

— ¿Quién sois?

— Un hombre que desea saber si tenéis todavía sitio para un pasajero.

— Sí, volved hacia estribor; allí veréis una escalera.

— No merece la pena, echadme un cable.

— ¡Bravo! según parece sois del oficio.

— Un poco.

Y volviéndome hacia el pescador, le dije:

— En cuanto á ti, amigo mío, quiero que bebas á mi salud, para lo cual aquí tienes una moneda de diez florines.

— ¡Como! ¡mil rayos! ¿qué significa esto?

— ¿El qué? pregunté.

Al mismo tiempo dirigí una mirada al saco, y ví con dolor que en vez de oro estaba lleno de piedras.

— Pues amigo, dije al pescador enseñándole el saco; bien ves que no me faltaban buenos deseos, pero me han robado.

— ¡Ah! ¡bah!...

— Sí, palabra de honor.

— Y vacié mi saco en la barca.

— Pues señor, tanto peor, tío Alifafes, dijo el intrépido pescador. ¿Qué queréis? ya que no faltaban los buenos deseos, no dejaré entonces de beber á vuestra salud; descuidad.

— ¡Eh! gritó una voz desde el puente de la fragata; allá va el cable.

Di un apretón de mano al pescador, agarré el cable y me encaramé lo mismo que una ardilla.

— Aquí estoy, dije saltando al puente.

— ¿Y vuestro equipaje? preguntó el capitán.

— ¿Pues qué, se necesita equipaje para ser marinero

— ¿Marinero? ¿pues no habéis dicho pasajero?

— ¿Pasajero dije?

— Sí.

— Pues eso quiere decir que se me trabó la lengua. Lo mismo da; debí preguntaros si quedaba sitio para un marinero.

— ¡Bueno! así como así me pareces un pobre diablo, dijo el capitán. Sí, tengo sitio para un marinero, y aun podré darte 40 francos al mes; pues soy capitán al servicio de la compañía de las Indias, y esta compañía paga bien.

— Pues si paga bien, se la servirá bien, y punto redondo.

El capitán no me dijo una palabra más; mi ajuste estaba hecho sin que hubiese necesidad de más formalidades.

Al día siguiente estábamos en alta mar.

La primera tierra que divisamos después de perder de vista las costas de Francia, fué la isla de Porto-Santo, situada al norte de Madera, la cual no apareció sino dos horas después, á causa de hallarse envuelta en una bruma muy espesa. Dejamos á nuestra izquierda el puerto de Funchal y seguimos adelante.

Después de haber doblado á Madera apercibimos el cuarto día el pico de Tenerife, que tan pronto aparecía como desaparecía entre el denso vapor que le envolvía. Pasamos de largo y comenzamos á entrar en un mar verdusco que parecía un vasto berrizal, y espesas capas de fucos de un verde sombrío con leves tintas amarillentas cubrían la superficie del Océano, formando como una especie de racimos que los marineros denominan uva de los trópicos.

No era la primera vez que hacía un viaje de aquella naturaleza. Antes había estado dos veces en Buenos Aires, y había visto las aguas azules, como dicen los marinos. Así, pues, me encontraba en mi elemento; respiraba libremente. El buque era velero y hendía las olas

con rapidez. Cada vez me alejaba más de la Buchold, que era todo cuanto podía desear.

Pasamos la línea, y según costumbre hubo una fiesta á bordo. Presenté mi certificado firmado por el bueno de Trópico, y en vez de recibir fui yo quien eché agua sobre la cabeza de los demás.

El capitán era un excelente sujeto; había abierto el pañón donde se guardaba el ron, y yo no puede menos de celebrar y aun de aprovecharme de tan feliz circunstancia. Hallábame ya casi entre dos luces, dormitando, cantando y roncando á un mismo tiempo, cuando de repente me pareció distinguir una figura blanca que bajaba por la escotilla y se acercaba á mi hamaca.

Á medida que se iba aproximando reconocía en aquella figura á la condenada Buchold; quizás roncaría en aquel momento; pero lo que os puedo asegurar es que de ningún modo cantaba.

— ¡Hola! ¡hola! me dijo, después de abrirme la cabeza con el patín y después con el morillo; no tan sólo no te arrepientes, sino que te emborrachas de la manera más escandalosa, ¿eh?.....

Quise responderle, pero en vano. No parecía sino que tenía un nudo en la garganta.

— ¡Oh! es inútil; continuó, no solamente estás mudo, sino paralizado; procura si no levantarte y verás.

Bien veía la maldita Buchold el estado en que me encontraba, y que hacía los mayores esfuerzos para bajarme de mi hamaca; pero ¡quia! tenía la pierna más tiesa que el mástil de mesana, y hubiera necesitado un cabrestante para moverme.

Por fin resolví hacerme el mortecino. Felizmente cerrando los ojos no la veía; pero por desgracia no podía cerrar los oídos y dejar de escuchar su áspera voz.

Me dijo tantas cosas, tantas, que acabó por aturdirme, y sólo oía un espantoso zumbido; después, ni aun esto;

pasó un gran rato, al cabo del cual me sacó de mi letargo la voz del contra maestre que gritaba:

— El segundo cuarto del puente.

— ¿Sabéis lo que son los cuartos? me preguntó el tío Alifafes.

— Sí, le respondí, continuad.

— Yo era el segundo cuarto, y por consiguiente la persona á quien llamaban: desgraciadamente no podía mover las piernas ni los brazos. Así es que al momento calculé el desenlace trágico que tendría aquello para mí.

— ¡Desgraciado! ¿no oyes que te llaman? vamos, perezoso, levántate.

— ¡Que si quieres! no parecía sino que estaba cosido á la hamaca.

De pronto sentí que me sacudían; creí que era la Buchold y seguí impasible; me sacudieron con más fuerza, y yo aumenté, si cabe, mi inmovilidad. Hasta que al cabo un juramento terrible hirió mis oídos y gritaron á un lado:

— ¡Pero hombre! ¿Te has muerto?

Reconocí la voz del timonero.

— ¡No, no!; no me he muerto! no, tío Vidercome, ya estoy listo. Sólo os pido que me ayudéis á bajar de la hamaca.

— ¿Cómo que te ayude?

— Sí, porque lo que es yo no puedo moverme.

— ¡Dios me perdone! Creo que aun no te has despedido completamente. Voy á ver si lo consigo. Aguarda, aguarda.

Y cogió una escoba que había en un rincón.

No sé si me dió fuerzas el miedo ó si se había pasado mi aturdimiento, lo cierto es que estaba más ligero que un pájaro. Salté desde mi hamaca al suelo y dije: — ¡Estoy pronto! de todo tiene la culpa esa condenada

Buchold. Decididamente la infame nació para hacer mi desgracia.

— Buchold ó no Buchold, como te vuelva á suceder mañana, dijo el timonero, ya verás lo que te pasa....

— ¡ Oh ! mañana, dije poniéndome los pantalones y trepando por la escalera de la escotilla, no hay cuidado.

— Sí, porque mañana no estarás borracho; te perdono por hoy, pero te advierto que no todos los días se celebra la fiesta del bueno de Trópico. ¡ Ea ! ¡ vamos al puente !

En mi vida había visto una noche semejante á aquélla.

El cielo estaba sembrado profusamente de estrellas; una ligera brisa rizaba las olas, que el buque surcaba con elegancia y rapidez. Así, pues, muy poco tenía que hacer. La fragata llevaba desplegadas todas sus velas como una muchacha cuando va á oír misa los domingos.

Me asomé á un costado y me puse á mirar el agua.

¡ Oh ! no podéis figuraros una cosa igual. Dicen que son los pescados los que traen eso. Se veían una infinidad de lucecitas que iban á estrellarse contra el buque, y luego después iban á confundirse en la estela de la fragata.

Todo esto se destacaba sobre la sombría tinta de las olas, siguiendo sus ondulaciones.

De repente me pareció ver surgir una forma humana de en medio de estas llamas; ¿ y á quién creéis que reconocí en aquella forma ? ¡ á la Buchold !

Traté de retirarme, como podéis suponer; pero me fué imposible, pues me hallaba pegado al costado del buque como un bacalao seco, sin poder desasirme. Unas veces la veía agitarse en el agua haciendo mil contorsiones, y dirigiéndome las más graciosas sonrisas. Al mismo tiempo sentí que mis pies se separaban del suelo; una especie de vértigo se apoderó de mí; quise agarrarme y no encontraba nada donde poder hacerlo; quise gritar y

no tenía voz; el fantasma me atraía hacia sí como el imán atrae el acero. ¡ Ah ! ¡ maldita sirena ! mis cabellos se erizaron; me iba deslizando insensiblemente; la cabeza tiraba de mi cuerpo y me sentía caer, caer sin que pudiese bastar nada á contenerme. ¡ Maldita sirena !

De repente me agarraron por los pantalones.

— Pero hombre, ¿ estás loco ? ¡ Eh ! tío Alifafes, ¿ adónde vas ? ¡ Eh ! vengan dos hombres, venid aquí !

Al fin llegaron. Ya era tiempo, pues le arrastraba en mi caída. Caí en el puente medio muerto. ¡ Uf !.....

Estaba mojado como una sopa; mis dientes se chocaban unos contra otros, y las pupilas de mis ojos giraban en mis órbitas de una manera horrible.

— Pues hombre, dijo el timonero, me gusta la gracia; si eres epiléptico, ¿ por qué no lo dices ? ¡ Bonito está un marinero con ataque de nervios !

— Tenéis razón, amigo; pero no era epilepsia lo que me dió, sino que estaba bailando: luego después esa maldita Buchold. ¿ No la habéis visto ?

— ¿ Á quién ?

— Á la Buchold; estaba allí jugando en el agua y en el fuego lo mismo que una salamandra; me llamaba y me atraía como la serpiente boa atrae á los pajarillos. ¡ Ah ! ¡ maldita sirena !

— ¿ Qué estás diciendo de sirena ?

— Nada, nada...

— Escuchad, tío Alifafes; cuando viajéis por mar no habléis nunca á los marineros de sirenas, ni de nereidas, ni de mujeres ni hombres marinos, ni de peces obispos. En tierra es distinto; allí se puede tener alguna broma con los marineros; pero en el mar nunca, pues no son aficionados á ellas. ¡ Pues digo ! En poco estuvo que no diese una zambullida.

Así que hubo dicho estas palabras el timonero, me fui

á sentar al pie de la mesana ; pasé el brazo por un cable y aguardé la llegada del día en esta postura.

Quando asomé la aurora me pareció un sueño todo cuanto había pasado ; no obstante, reflexionando llegué á comprender que había algún fondo de realidad en todo ello. En efecto, era evidente que había dado un tremendo golpe con un morillo á la Buchold, de cuyas resultas la había dejado en el sitio. Su alma fué sin duda alguna la que se me presentó en sueños.

Por desgracia no había ningún capellán en los barcos de la compañía de la Indias ; de lo contrario le habría hecho decir una misa y todo estaba concluido. Entonces se me ocurrió otro medio, un medio conocido.

Cogí una nuez moscada, escribí en ella el nombre de la Buchold, la envolví en un trapo, lo metí todo junto en una caja de hoja de lata, hice en la cubierta dos cruces separadas por una estrella, y llegada la noche arrojé al mar el talismán acompañado de un *De profundis*, después de lo cual me acosté en mi hamaca.

No hacía cinco minutos que estaba en ella cuando oí gritar :

— ¡ Un hombre en el mar !

Ya sabéis que cuando se oye un grito semejante todo el mundo se pone en movimiento ; porque en un buque eso no tiene nada de extraño ; hoy le toca al compañero y mañana me toca á mí. Salté de mi hamaca y me dirigí corriendo al puente.

Hubo un momento de confusión... No se oía más que : ¿ Quién está en el mar ? ¿ Qué es eso ? ¿ Eres tú ? ¿ Soy yo ? ¿ Es aquél ? En fin, no sé cuántas necedades por el estilo. El hombre encargado del áncora había lanzado la boya al mar, y aguardaba el resultado de su operación.

Mientras tanto gritaba el capitán :

— ¡ Debajo la barra ! ¡ amainad las velas altas ! ¡ largad las escotas ?

Ya comprenderéis lo que es esa maniobra ; cuando se cae un hombre al mar lo primero es poner al paio el buque, y para esto, si no se largaban las escotas se hubieran roto una infinidad de botavantes y de bonetas.

Entretanto botaban la canoa por medio de sus palancas, tomaban un cabo de jarcia bastante fuerte para resistirlas, pasábase el cabo de arriba abajo por un galápago unido á la percha, por cuyo medio se bota una canoa al agua con la mayor celeridad.

Mientras esto se hacía, toda la tripulación se mantenía detrás : la boya de salvamento estaba iluminada por un fuego artificial, el cual ardía de tal modo que podía verse claramente á una persona nadando.

Quando digo que podía verse me equivoco, porque tan sólo yo veía, y cuanto más decía : ¿ veis ? ¿ veis ? contestaban los demás : no, no vemos nada.

Después, mirándose entre sí los marineros, decían :

— Yo estoy aquí, tu ahí, aquél allí, no falta nadie.

— ¿ Quién, pues, ha visto caer el hombre al mar ?

Todos decían :

— Yo no, ni yo, ni yo.

— Pero, en fin, ¿ quién ha gritado hay un hombre en el agua ?

— Yo no, ni yo, ni yo.

Ninguno había visto, ninguno había gritado. Mientras esto pasaba, el nadador ó nadadora había llegado á la boya, y yo veía perfectamente una persona agarrada encima.

— Bien, dije, ya la tiene cogida.

— ¿ El qué ?

— La boya.

— ¿ Quién ?

— El hombre que está en el mar.

— ¿ Estás seguro de ver alguno sobre la boya ?

¡ Mirale, voto á tal !

— Decid en este caso al timonero que Alifafes ve una persona sobre la boya. Había creído hasta aquí tener buena vista, pero parece desgraciadamente que me equivoco.

La canoa, ya en la mar, remaba hacia la boya.

— ¡ Ah del barco ! gritó el timonero ; ¿ distinguís algo sobre la boya ?

— Nada.

— Oid, me ocurre una idea, dijo el timonero volviéndose á los marineros.

— ¿Cuál es ?

— Que Alifafes es quien ha gritado : ; *hombre al agua !*

— ¡ Ah ! ¡ por ejemplo !

— Nadie falta, nadie ve la boya ocupada ; tan sólo Alifafes supone que falta alguno, y solo él es quien ve un individuo sobre la boya ; preciso es que tenga sus razones para ello.

— No digo que falte alguno, lo que digo es que alguien hay sobre la boya.

— Pronto lo sabremos, ahí la trae la canoa.

En efecto, la canoa había alcanzado la boya, y amarrada á su popa seguía la misma estela.

Yo veía con la mayor claridad una persona sentada sobre la maldita boya, y cuanto más se aproximaba la canoa, la distinguía mejor.

— ¡ Ah de la canoa ! gritó el timonero ; ¿ qué traéis ahí ?

— Nada.

— ¿ Cómo nada ? gritó ; ¿ no veis ? ¿ no veis nada ?

— Y bien, ¿ qué es lo que hay ? parece que los ojos van á salirse de las órbitas.

Efectivamente ; acababa de reconocer mi extravío y decía : ¡ Bien ! ¡ Estoy perdido ! Señores, la persona que estaba sobre la boya era la Buchold, quien creía haber arrojado al mar en un bote de hoja de lata.

— No la traigáis, grité ; arrojadla al mar... ¿ no veis que es una sirena, una mujer marina ? ¿ no veis que es el diablo ?

— Vamos, vamos, dijo el timonero ; decididamente está loco, atad este bergante y prevenid al cirujano.

Apenas acababa de decirlo cuando fui atado y conducido á la bodega, apareciendo en seguida el cirujano con su lanceta. *

— ¡ Oh ! exclamó ; esto no es nada, una fiebre cerebral y nada más. Le sangraré ligeramente, y si en tres días no ha muerto habrá probabilidades de salvarlo.

Difícilmente recuerdo más que el dolor que sentí en el brazo, y que al ver correr la sangre me desvanecí.

Sin embargo, mi desmayo no fué tan repentino que no oyese al capitán decir en alta voz :

— Nada, ¿ no es esto ?

Y contestar á toda la tripulación :

— Nada.

— ¡ Ah ! prometo al tunante de Alifafes plantarle en tierra al primer puerto á que arribemos.

Al oír esta dulce promesa perdí el conocimiento.

El capitán era hombre de palabra. Efectivamente, cuando volví en mí estaba en tierra. Informéme del sitio en que me hallaba, y supe que el buque (que se llamaba *Juan de Witt*) me había desembarcado, al pasar, en Madagascar.

Como había estado tres meses y medio sirviendo á bordo del *Juan de Witt*, encontré en la cabecera de mi cama un bolsillo con 140 francos, correspondientes á mi paga de los tres meses y medio.

Ya veis que el capitán era un excelente sujeto, pues pudo haberme descontado un mes, durante el cual no había hecho servicio alguno.

Durante este mes habíamos tocado en Santa Elena,

doblado el Cabo y echado el áncora en Tamatavia, cerca de cuyo sitio me habian desembarcado.

Como no era en Tamatavia donde yo deseaba formar un establecimiento cualquiera, sino en la India, me informé por mi posadero de los medios de transporte que habia más cómodos. Un viaje á la India era un acontecimiento en Tamatavia. Mi posadero me aconsejó que me trasladase á Santa María, donde encontraría mejor oportunidad para hacer mi negocio. Justamente á los ocho días salía un buque con dirección á Pointe-Larrée; me decidí á tomar asiento en él si me encontraba más aliviado al cabo de aquellos ocho días.

Sólo temia una cosa, caballero; una sola cosa me tenia inquieto, y era si por casualidad habian desembarcado á mi mujer conmigo.

Pasé la primera noche entre las angustias más terribles que podéis imaginaros; al menor ruido que hería mis oídos, decía para mí; Bueno! ¡ La Buchold! y mi frente se cubría de sudor; os aseguro que aquello no era vida, sino muerte. Ya calcularéis que con este motivo no habría desaparecido mi fiebre.

Al fin llegó el día. Nada, Respiré...

La segunda noche, nada tampoco.

La tercera, idem.

La cuarta, quinta, sexta, séptima y octava, nada. Me iba reponiendo de salud poco á poco. Cuando mi posadero vino á decirme: « Vamos á ver, ¿ estáis en estado de partir á Santa María? — Ya lo creo, » le respondí; y á los diez minutos estaba listo.

Arreglamos nuestras cuentas. No quiso recibir nada. Esto no me desagradó, pues así como así yo quería pagarle en reconocimiento mejor que en dinero, en atención á hallarme mejor provisto de lo uno que de lo otro; no insistí; nos abrazamos tiernamente, y me embarqué para Pointe-Larrée.

No dejaba de abrigar algunos temores al volver á verme en el mar. Cada pescado que divisaba se me figuraba una mujer. Quisieron pescar durante la travesía; pero fué tal mi oposición, que los marineros desistieron de echar sus redes.

No estuve enteramente tranquilo hasta que llegué á Pointe-Larrée. El mar era el elemento de la Buchold; pero no habiéndoseme aparecido durante el camino, dije para mí: ¡ Bravisimo! ya no me inquietará más.

Á pesar de todo decidí hacer el viaje de Pointe-Larrée á Tintingue por tierra. La tierra era mi elemento y en ella era otro hombre.

Parece mentira, ¿ eh? yo que antes no sabia que la tierra sirviese para otra cosa más que para hacer agua y secar pescado. ¡ Ah, ah!

Llegué á arreglarme con dos guías negros, los cuales, mediante un cuchillo-tenedor que yo poseía, y que se dividía en dos piezas, consintieron en conducirme de Pointe-Larrée á Tintingue. Ya comprenderéis que esto lo hacia con el objeto de economizar mis 140 francos.

Partimos al día siguiente, y en verdad que no puede decirse que aquello fuese viajar por tierra, porque á cada momento el camino estaba interrumpido por ríos y arroyos por donde nos llegaba el agua á la cintura. De vez en cuando divisábamos algunas islas de tierra firme en las que habia alguna caza.

— ¿ Sois cazador?

— Sí.

— Pues bien, si hubieseis estado allí os habrais divertido de lo lindo. Las pintadas, las tórtolas, las codornices, los palomos verdes y azules, todos reunidos en enormes bandadas se agitaban sobre nuestras cabezas. Tanto, que sin valernos más que del palo que llevábamos cada cual en la mano, nos procuramos una excelente comida. Al mediodía hicimos alto en un bosque de palme-

ras ; era la hora de comer. Comencé por desplumar el producto de nuestra caza ; mis negros encendieron leña, sacudieron algunos árboles que nos proveyeron de fruta, mejor que la puede haber comido el rey de Holanda, y dimos principio á nuestra comida.

Sólo nos faltaba una cosa, que era una buena botella de vino de Burdeos ó de cerveza de Edimburgo : pero como soy filósofo y sé avenirme á las circunstancias, me encaminé en derechura de un arroyo para aplacar mi sed.

Lo cual, observado que lo hubo uno de mis guías, me dijo :

— Señor, el agua no es cosa buena.

— ¡ Qué demonios ! respondí ; demasiado sé que no es buena, y que me gustaría más beber vino.

— ¿ Le gustaría más al señor beber vino ?

— Sí, mil veces sí ; preferiría un poco de vino, le respondí un tanto acalorado.

— ¡ Pues bueno ! yo se lo voy á dar al señor.

— ¿ Vino ?

— Sí, y vino nuevo. Venga conmigo, señor.

Seguile, diciendo entretanto para mis adentros : ¡ Ah, farsante ! si me llegas á dar chasco, te arreglaré las cuentas en cuanto llegue.

Yo decía *en cuanto llegue*, porque en el camino me podían jugar alguna mala pasada aquellos tunantes, al paso que habiendo llegado.....

— Sí, sí, comprendo.....

Seguile, pues, hasta que anduvo como cosa de treinta pasos. Paróse, y mirando en derredor suyo :

— Venga, venga, señor, allí está la cuba ; y me señaló un árbol.

Yo seguía repitiendo en voz baja : ¡ Ah, farsante ! si me llegas á dar chasco, etc.

— ¡ Ya ! sería una ravenala el árbol que os enseñó, dijo Biard.

Alifafes le miró con ojos espantados.

— ¡ Calle ! ¿ sabéis eso ?

— ¡ Pues no que no !

— En efecto, caballero, una ravenala era el árbol que me enseñó el guía, un árbol que llaman por otro nombre el árbol del viajero ; ¡ pues ahí tenéis lo que son las cosas ! Yo que tanto había viajado, no tenía noticia de que existiese en el mundo semejante árbol. Así es que cuando el negro cogió una hoja, la dió la forma de un vaso y me dijo : tomo esto, señor, y no pierda una sola gota, seguía murmurando : ¡ Ah ! ¡ farsante !... etc...

Pues señor, al fin introdujo su cuchillo por el árbol y salió de la hendidura un líquido que no sé si era vino ó licor, pero que estaba admirable.....

Tan sorprendido quedé que le quité el sombrero, como si aquel mono ó negro fuese un hombre.

Tras mí bebieron los negros. Volví á beber, y hubiera estado bebiendo hasta el día siguiente si no me hubieran dicho que era preciso ponernos en camino. Pena me daba abandonar aquel delicioso néctar ; pero me tranquilizaron diciéndome que encontraría muchas ravenalas por todo el camino, y que en Madagascar había bosques enteros de esos árboles.

Entonces cruzó por mi mente la idea de irme á Madagascar á explotar un bosque de aquellos.

Al día siguiente llegamos á Tintingue ; no me habían engañado mis guías, pues todo el camino estaba lleno de ravenalas.

En Tintingue quiso la casualidad que encontrase un rico chingulés que comerciaba en perlas. Aquella era justamente la estación de esta pesca, y había ido á buscar buenos buzos á la costa de Zanguebar entre los súbditos del Radhama, que pasaban por ser los más hábiles

pescadores del mundo. Reconoció que yo era europeo. Buscaba á la sazón un director de pesquería, y creyó que yo podía convenirle: en cuanto á él, su negocio me convenía hasta más no poder. Le dije que me tomase de prueba, y aceptó.

Quince días después anclábamos en el puerto de Colombo.

No había tiempo que perder; la pesca había comenzado. No hicimos más que tocar en Colombo y partimos para Condatchy, que es el bazar de la isla.

Mi chingulés era uno de los principales traficantes de aquella pesca. Salimos con una verdadera flotilla y nos dirigimos á la isla de Mannar, en cuyos alrededores se hace la pesca. Nuestra flotilla se componía de diez barcas tripuladas por veinte hombres cada una. De estos veinte hombres, diez formaban la tripulación que había de maniobrar; los otros diez eran buzos.

Estas barcas tenían una forma particular; eran largas y anchas, con un solo mástil y una vela.

Yo era el patrón de una de éstas barcas.

Ya había advertido á mi chingulés que no entendía una palabra de la pesca de perlas; pero que era un marino muy experto en la materia, de lo cual no tardó en convencerse, pues mi barca caminaba de una manera bien diferente de las demás.

Sólo al cabo de tres meses llegué á apercibirme de una cosa, y es que nuestros buzos, con tal que fuesen diestros, podían ganar en un día diez veces más de lo que yo ganaba en un mes.

Ya se ve, esto consiste en que á los pescadores les corresponde de la pesca una décima parte, cuando menos. De manera que si un buzo tiene un poco de suerte y cae sobre un buen banco de ostras, puede ganar diez, quince y veinte mil libras en toda la temporada, que nunca pasa de dos meses; mientras que yo, en

estos dos meses, ganaba pura y simplemente quinientas libras.

Entonces me puse á estudiar la manera de pescar de aquellos hombres. Después de esto no vi en ello la menor dificultad.

Cada buzo ataba á sus pies ó alrededor de su cintura una piedra de diez ó doce libras de peso poco más ó menos. Una vez provisto de esta piedra, que le arrastraba al fondo, se arrojaba al agua con un saco de red en una mano, recogiendo con la otra todas las ostras que encontraba.

Cuando le faltaba la respiración tiraba de la cuerda que le sujetaba á la barca, é inmediatamente era conducido á la superficie del agua. Cada hombre de la tripulación de la barca está encargado de una cuerda, cuidando de que el buzo no tire dos veces de ella. Aquí tenéis por qué los marineros son en igual número que los buzos.

La pesca era excelente, y no sentía más que una cosa; el haberme ajustado como patrón, en vez de hacerlo como buzo. En Monnikendam tenía fama de nadador y de mantenerme mucho tiempo debajo del agua, lo cual probé bien cuando tuve que buscar la salida por debajo del hielo, ya os acordaréis, en el lago Stavorin. Lo único que me consolaba algo era el supersticioso temor que tenía de encontrarme á la Buchold en la zambullida, lo cual ya os haréis cargo me haría muy poca gracia. ¡Adiós ostras! más valía entonces quedarme toda la vida patrón ganando 250 libras al mes.

Por otra parte, no era esto lo único que había que temer; los tiburones conocen la época de la pesca como si tuviesen calendario, y es increíble, durante los dos meses que dura, la inmensa cantidad de esos pescados que visitan la bahía de Mannar.

Así, pues, raro era el día que no sucedía alguna des-

gracia. No obstante, si no hubiese habido más que tiburones, no me habría estorbado esto el convertirme en buzo; la Buchold únicamente me detenía.

Entre los buzos que teníamos á bordo había un negro y un hijo suyo; eran dos soberbios africanos que el mismo miao de Mascate había regalado á mi chingulés, y además mucho más hábiles y osados que los demás buzos que iban en nuestra compañía. Diez ó doce días hacía que duraba la pesca, y ellos solos habían recogido tantas ostras como los ocho buzos juntos.

Yo le había cobrado alguno cariño al negrillo, y era el que más interés me inspiraba de todos los buzos. Cuando salía del agua siempre venía á depositar su presa entre mis piernas, y yo cuidaba de que nadie se la arrebatase. Llamábase Abel.

Un día se echó al agua. ¡Bien! siempre solía permanecer lo menos quince ó veinte segundos debajo de ella, cual es una atrocidad. Pues bien, apenas hubo desaparecido, ¡zas! sacude la cuerda; ¡pero nada! el hombre que estaba al cuidado de ella se había distraído. Yo no pude menos de exclamar: ¡Imbécil! ¡Bribón! ¡tira! ¡tira! pero hombre, ¿no ves que está pasando alguna cosa extraordinaria ahí debajo? ¡tira! vete á paseo: ya era tarde, pues una mancha roja asomó á la superficie del agua, ensanchándose, y á poco tiempo apareció el muchacho con una pierna cortada por debajo de la rodilla.

Á pocos momentos salió el padre, vió la figura convulsiva de su hijo y la sangre que enrojecía el agua. No lloró, no gritó: sólo, sí, su rostro, que era de un negro de ébano, tornóse color de ceniza. Subió á la barca con su hijo Abel en los brazos, lo colocó en mis rodillas, cogió un gran cuchillo, cortó la cuerda que le ceñía la cintura, y se sumergió de nuevo justamente en el momento mismo en que el tiburón salía á flor de agua.

Entonces dije yo: atención, camaradas, conozco á ese hombre, y no hay duda de que va á pasar alguna cosa curiosa.

Apenas hube pronunciado estas palabras; ¡*dilán!* el tiburón, cuya espina dorsal asomaba fuera del agua, azota las olas con su cola y sumérgese de nuevo. Viéronse en seguida algunos torbellinos y remolinos, un glu glu espantoso, en tanto que el chico gritaba con la mirada ardiente y sin hacer caso de la sangre que brotaba de su pierna: ¡Valor, padre, valor! mata, mata, mata; y quería lanzarse al mar á pesar de su espantosa herida.

¡Oh! podéis creerme, aquel fué un espectáculo horrible, y duró más de un cuarto de hora, durante cuyo tiempo salió sólo cinco veces para respirar y dirigir una mirada á su hijo, como queriendo decirle:

— No tengas cuidado, te vengaré.

Después volvía á sumergirse, y al punto el agua se veía agitada como por una tempestad submarina. Á veinte pasos de la barca se distinguía una gran mancha de sangre; el monstruo saltaba lo menos seis pies fuera del agua, y fácil era ver cuál colgaban de su vientre herido sus rojas entrañas.

Por fin, comenzó á calmarse el mar; ya no era el hombre quien salía á respirar, sino el animal. El tiburón entró en la agonía; dió vueltas sobre sí mismo, azotó desesperadamente el aire con su cola, se sumergió, volvió á aparecer, sumergiéndose de nuevo. Después se distinguieron al través de las olas algunos relámpagos argentininos... Era el tiburón que volvía á salir á la superficie mostrando su tornasolado vientre.

El monstruo estaba muerto.

Salió el negro á su vez, cogió á su hijo de mis brazos y fué á sentarse con él al pie del mástil.

El cirujano de un buque francés que se hallaba á la sazón en la bahía de Colombo, hizo la amputación al

pobre Abel, y el jefe de la pesca cedió al padre el producto entero de las ostras que había pescado.

Ahora bien : cuando vi sobrenadar por la superficie del agua al tiburón muerto, al contar las sesenta y tres heridas que había recibido, hice la siguiente reflexión : puesto que también se defiende un hombre de un tiburón, puesto que se le llega á dar muerte, también puede no sólo defenderse contra una mujer, sino darle muerte, aunque sea una mujer marina. Avergoncéme, pues, de mi cobardía ; y como la parte de ostras de perlas que habían cogido los negros estaba tasada en más de 12,000 libras, atacó mi imaginación la idea de hacer fortuna ; de suerte que á la primera visita que nos vino á hacer mi chingulés, cosa que no dejaba de hacer cada cuatro ó cinco días, le pedi por favor que trocase mi posición de patrón de barco por la de buzo simplemente.

Esta súplica pareció contrariarle.

— Alifafes, me dijo en holandés : siento oiros hablar así, porque sois uno de los mejores patronés de barca que he conocido : y si para conservaros á mi lado se necesita únicamente duplicar vuestro sueldo, lo haré con el mayor placer.

— Sois demasiado bueno, le respondi ; pero ¿ qué queréis ? soy bretón de nacimiento, y cuando se me mete una cosa en la cabeza entra de tal manera, que me es imposible arrojarla fuera de ella. Se me ha antojado ahora pescar perlas, y ha de ser así, porque no tiene otro remedio.

— ¿ Sabes bucear ?

— ¡ Oh ! he nacido en Dinamarca, que como sabéis, es el país de las focas.

— Pues bien, vamos á ver lo que sabes hacer.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso pronto lo veréis.

Me desnudé en un abrir y cerrar de ojos, me até á los pies una piedra de diez ó doce libras de peso, cogí en

una mano un saco de red como el de los otros buzos, pasé por mi cinturón un cuchillo excelente, hice que me amarraran en lugar del pobre Abel, y dije para mis adentros :

— ¡ Ah ! ¡ bah ! tanto peor ; á fe mía que como esté por ahí la Buchold nos hemos de ver las caras.

Dicho esto salté al mar.

Habría próximamente unas siete brazas ; así es que fácilmente llegué al fondo. Inmediatamente abrí los ojos y miré en derredor mio... aquel era el momento penoso.....

Nada, no había ni asomo de la tal Buchold.

Llené mi saco de ostras de perlas y tiré de la cuerda para que me volbiesen á subir. Había estado diez segundos debajo del agua.

Llegado que hube á la barca, vacié el saco á los pies de nuestro jefe.

— Aquí tenéis, le dije ; ¿ qué os parece ?

— Me parece que eres un buzo muy diestro, que puedes hacer tu suerte y que no tengo derecho para impedírtelo.

— No obstante, le dije, como vos [me ajustasteis en calidad de patrón y no de buzo, os asiste el derecho de pedirme más que á los demás.

— No, dijo, ya se arreglará todo eso, y creo que á gusto de todos. Tú eres buen patrón y buen buzo, ¿ no es así ? Pues bien : sé patrón para mí y buzo para ti. Á los buzos les corresponde la décima parte de su pesca ; como tú me haces otros servicios, te doy la octava parte de la tuya ; es decir, que serás siete días patrón, y el octavo buzo. Se entiende que el producto total de lo que pesques en este octavo ha de ser para ti. ¿ Te conviene este arreglo !

— ¡ Ya lo creo que me conviene !

— ¡ Perfectamente ! Como la estación de la pesca ha

comenzado hace algún tiempo, supón que hemos hecho nuestro convenio hace siete días, y empieza mañana.

Dile las gracias de la manera más afectuosa, y le besé la mano á uzanza del país.

Después empecé á esperar con impaciencia la llegada del día siguiente.

XVI

Los matrimonios del tío Alifafes

SEGUNDO MATRIMONIO DEL MISMO

NAHI-NAVA-NAHINA

No me había engañado, continuó el tío Alifafes después de apurar un vaso de ron; la pesca fué excelente: durante los seis días que me entregué á este ejercicio, pesqué por valor de siete mil francos de perlas, y no encontré á la Buchold ni una sola vez, ni vi la cola á ningún tiburón.

La estación de la pesca había tocado á su término; di gracias nuevamente á mi chingulés, ofreciéndole mis servicios para el próximo año, y habiendo realizado mis productos, me retiré á Negondo, precioso pueblo rodeado de encantadores prados y de bosques de árboles de canela.

Tenia intenciones de emplear el intervalo que debía transcurrir entre una y otra estación, en un comercio cualquiera, bien fuera de canela, bien en telas. Esto para mí no era difícil, pues la población que dominaba en

Colombo, una de las capitales de la isla distante sólo algunas leguas de Negondo, era como hoy población holandesa.

Empecé por comprar una casa en Negondo, lo cual no era un gasto exorbitante, pues por trescientos francos adquirí una de las más bonitas del pueblo. Era una preciosa casita de bambúes y de cocos, de un piso únicamente; tenía tres habitaciones, y para mí era más que suficiente. Por ciento cincuenta francos me hice de un ajuar de casa completo. Componíase de una cama, cuatro esteras, un mortero para moler arroz, seis platos de barro y un raspador de cocina.

Ya había decidido la clase de comercio á que me había de dedicar; comprar telas de Europa en Colombo y hacer cambios con los bedaths.

Voy á explicaros lo que son los bedaths:

Es una raza salvaje que vive independiente en los bosques; no tiene rey ni amo que los gobierne, y se alimenta de la caza. No tienen necesidad de comprar casas, atendido á que no tienen ciudades ni pueblos, ni siquiera una simple cabaña. Su cama es el pie de un árbol rodeado de ramas de espinos: cuando un elefante, un león ó un tigre trata de atravesar por aquella valla, los despierta el ruido de las ramas, se encaraman al árbol, y desde su copa se burlan de los tigres, de los leones y de los elefantes. Respecto á las serpientes, aunque sean de las de *copra di capello*, de las de *caravilla*, de las *til polonga* ó de las *bodrou pam*, cualquiera de las cuales os mata un hombre con la prontitud que vos podéis matar una mosca, no hacen caso de ellas, porque tienen un encanto contra sus picaduras: el único reptil que temen algo es el *pembera*, el cual si no tiene veneno se traga un hombre como yo puedo tragarme una ostra; pero ya comprenderéis que estos insectos tienen de 25 á 30 pies de largo, por cuya razón no son comunes. Para